

todavía estabas, bajo las sombras y sobre el terruño, sin disponer de tus brazos ni emplear tu actividad, te redimiste cuando subió, por una serie de transformaciones milagrosas, á las cimas del antiguo Estado, el espíritu de la moderna ciencia.

Si de estas grandes líneas de las ideas descendemos á reformas un poco más prácticas, crecerá de punto nuestra admiración y nuestro asombro. Sólo por ligeras rectificaciones en la distribución del impuesto había conseguido más de cien millones de tangibles economías. Los arrendatarios en la percepción de los tributos, obligados á pasar pensiones á las queridas supervivientes de Luis XV, á esas viudas del vicio; los banqueros de la corte que sólo servían para contratar empréstitos y para malversar rentas; los colectores de los consumos que estrujaban al pobre pueblo y exprimían su sudor y su sangre; los pensionistas de la casa real que invocaban para sus innumerables pensiones títulos á veces verdaderamente escandalosos; todos los parásitos de la Hacienda, todos los políticos de la administración fueron horriblemente castigados por este justo afán reformador que llevaba hasta las últimas esferas sociales su idea contraria á los antiguos monopolios y expresiva de la verdadera justicia. No acabaríamos nunca si hubiéramos de repetir todas las reformas saludables maduras por su inteligencia y debidas á su generosa actividad. Cuando uno de los arrendatarios y colectores de impuestos quebraba, los primeros contribuyentes de cada parroquia debían responder solidariamente de su quiebra. Este abuso fué también cortado por Turgot. A todo llevaba la mano, á todo la reforma, exceptuado el presupuesto y á los bienes del clero por temor de herir muchos privilegios y concitar contra sí muchos privilegiados. Tenía razón. Los clérigos que veían las tendencias al libre pensamiento; los nobles que triunfaban oprimiendo y explotando á los campesinos; el número infinito de exactores que engordaba por chupar las rentas del Estado; los arrendatarios de la miseria pública; los poseedores de oficios; los privilegiados que vivían del rendimiento de las corveas y de los peajes; tantas y tantas langostas como desolaban los campos y los talleres, volvíanse indignados contra este hombre, cuyo genio arrancaba de cuajo el cáncer devorador de la propiedad y de la industria. Uno de los fenómenos que más llaman en la Historia la atención, es el desinterés de los privilegiados en 1789, y su interés y su egoísmo en tiempo de Turgot, es decir, en 1774. Para explicar la vida se necesita haber vivido mucho. Para explicar las revoluciones, haber pasado por los tiempos revolucionarios y comprendido cuán profunda alteración traen á la vida y cómo enardecen los ánimos. Cierta observador me decía que un pueblo, antes de la revolución, es como el hierro frío, rígido y poco maleable, mientras un pueblo, después de la revolución, es como el hierro candente, y se presta de suyo á tomar en su flexibilidad y en su blandura todas las formas. Cuando Turgot quiso realizar su reforma, la temperatura del espíritu público estaba muy baja, los ánimos muy fríos, la regularidad de la vida quitaba á las innovaciones ese calor y esa luz que irradian en los tiempos revolucionarios y creadores, los privilegiados no se podían con-

tagiar al entusiasmo de un hombre, como se contagian del entusiasmo de un pueblo; la atmósfera y la tierra social no estaban en la estación precisa en que maduran las grandes ideas, y de consiguiente, todas las resistencias permanecían vivas y robustas, todos los progresos sin alientos y sin fuerzas. De aquí, naturalmente, el que entre los privilegiados no hubiera los entusiastas por las reformas, que hubo más tarde, y predominara el interés y el egoísmo. Cuando ya había caído la Bastilla; cuando se habían levantado á jurar la nación entera en el Juego de Pelota; cuando había pasado por el espíritu uno de esos relámpagos á cuya electricidad surgen el Sinaí, el Calvario, el Aventino en los celajes de las tempestades del espíritu; cuando había resonado desde la altísima tribuna el acento de Mirabeau como un trueno que anunciara la aproximación de una nube tempestuosa y cargada de ideas, en esta suprema crisis, reunida la Asamblea Nacional, los nobles mismos se sintieron tocados del magnetismo que corría por la conciencia universal, y dispuestos á sacrificios nacidos en una corriente de ideas á la cual no podían contrastar con ninguna oposición. Quizá de esto proviene la facilidad y el prestigio de las revoluciones en los pueblos neo-latinos, de esa resistencia ciega que las clases elevadas oponen á la reforma pacífica y de ese ciego terror que les entra, y de esa facilidad con que ceden y se retiran así que ha estallado la tempestad atronadora de las revoluciones. No de otra suerte se explica ni puede explicarse que aquellos hombres tan dóciles el 4 de Agosto de 1789, se irguieran catorce años antes, y contrastaran con ímpetus tan fuertes y con maquinaciones tan hábiles el maravilloso plan de reformas que, realizando en toda su plenitud y en toda su rica variedad la idea económica de aquel siglo, evitaba la revolución. Tremenda responsabilidad la responsabilidad de los privilegiados. A las evoluciones pacíficas prefirieron las revoluciones violentas. Y al preferirlas, desencadenaron la tempestad, producto necesario de sus ciegas supersticiones y de sus locas resistencias. Esto dirá seguramente la Historia.

Turgot tenía entre sus amigos á todos aquellos que cultivaban las ideas del siglo, y entre sus enemigos á todos aquellos que vivían de los abusos y de los privilegios. Naturalmente el coro limitado de grandes pensadores no podía contrastar la furia de innumerables privilegiados ni desvanecer la ignorancia del pueblo, casi siempre de sus tiranos cómplice y víctima. Condorcet, que sentía fe vivísima en el progreso universal y que deseaba las reformas pacíficas, sin duda por presentimiento ciego de cómo iban á cebarse en su vida y en su nombre las revoluciones violentas, apoyaba con tanto empeño á Turgot, que un publicista insigne le ha llamado borrego rabioso, borrego hidrófobo. Voltaire, con ese amor al género humano, eterna honra de su nombre, se desvivía por las obras de emancipación á que consagraba sus desvelos el gran emancipador, y á los ochenta años cumplidos escribía como un joven, con la claridad más luminosa del juicio, la corrección más severa de forma, la profundidad más admirable de pensamientos, viendo el



beneficio y la verdad y la hermosura del nuevo ideal, como un filósofo y las dificultades opuestas á su realización como un verdadero estadista. El gran Federico, á cuya vasta mente se había subido el vapor más vital del espíritu de nuestro siglo, saludaba las ideas reformadoras como los albores del más hermoso tiempo que podrían ver los hombres y registrar las historias. María Teresa y José II, con ser de ideas menos progresivas que su rival prusiano, admiraban aquel proyecto de encerrar en leyes dictadas por el trono las ideas de toda la ciencia moderna y consagradas á la salud del pueblo. Wapole, aunque midiendo con su buen sentido inglés toda la extensión del mal y todos los peligros del remedio, deseaba la pronta realización de la reforma. Franklin la recibía como una explosión del mismo espíritu que agitaba entonces á la transfigurada América. D'Alembert la propagaba en los salones y la sostenía con toda la autoridad de su nombre. Malesherbes, el dulce y sereno filósofo, compañero de Turgot en el ministerio, le daba la sombra de todo su prestigio y el auxilio de toda su influencia. Los librepensadores y los economistas que anhelan emancipar desde el suelo esterilizado por la herrumbre feudal hasta la conciencia obscurecida por la censura eclesiástica, se conjuraban para sostenerlo y auxiliarlo en aquel heroico trabajo de sustituir al antiguo espíritu y á sus espesas sombras el alma de una sociedad nueva dirigida por la libre razón y asentada en el eterno derecho. Nunca con más razón que entonces pudo decirse aquella frase con que yo contesté á los dementes empeñados en atribuir al pobre pueblo, herido por la ceguera de su educación y de su estado, amor fanático al espíritu moderno: «las ideas nuevas, como el sol naciente, doran primero las cimas de las montañas.»

Pero ¿qué podían estos pensadores ilustres, armados de su pluma y de su palabra, con la autoridad moral por todo título, contra la inmensa y espesa nube de privilegiados decididos á salvar la roca de sus privilegios á pesar del oleaje de las ideas? Para reformar la nación, precisaba reformar el presupuesto; para reformar el presupuesto, precisaba reformar el palacio; para reformar el palacio, precisaba limpiar Versalles de los innumerables insectos que roían la púrpura real y minaban las gradas mismas del trono. Imposible. Desde el mercader último que tenía un privilegio para vender confites y juguetes por aquellas largas galerías á precios fabulosos, hasta el presunto heredero de la corona que enriquecía á sus favoritos y á sus favoritas, enviando cartas de crédito pagaderas á la vista contra las cajas del Rey, todo el mundo se volvía airado y rabioso á morder á quien pretendía echarlos de estos privilegios y de estos goces en que chupaban, por virtud de la tradición y de la costumbre, hasta la médula de la patria. Los nueve ó diez mil servidores de palacio galoneados, empolvados, mantenidos ó mesa y mantel, provistos de unos beneficios hereditarios, otros de rentas sobre las contribuciones de las provincias, éstos de derechos de caza en tierras ajenas, aquellos siervos en la Jura y negros en América, no podían conformarse con el austero filósofo, todo gravedad, todo resolución, todo fir-

meza, tan enemigo de estos abusos y tan decidido á reformarlos, que empezaba por dar ejemplo, viviendo en el poder con la triste austeridad de un cenobita, y humillando al vicio con aquello que más al vicio molesta, con el ejemplo de la virtud.

La Reina, dadas su natural vivacidad, su histórica ligereza, su devoción al placer, creía que el trono se asemejaba á una mina inagotable y rendía á sus ocupantes todo el oro que les demandaban sus necesidades y sus gustos. La infeliz tenía tan poco recato que en carta escrita de su puño y letra llamaba á Luis XVI, por haber cedido á su exigencia de que recibiera á Choiseul, le llamaba, revelando el aprecio en que lo tenía como Rey, como esposo, como jefe de la familia real, «pobre hombre». Esta mujer, destinada por Dios á tantas desdichas, se divertía mucho entonces, diversiones que sirvieron luego para amargar más sus últimos días y ennegrecer más el sangriento ocaso de su vida. Naturalmente las comparsas que llevaba consigo á los bailes de máscaras en la Ópera; las cabalgatas por los jardines reales en trajes riquísimos y fantásticos; la aparición por los boulevares sentada con sus damas en trineos y ceñidas las cabezas de un castillo material de plumas, cintas y brillantes; las familias de sus amigas y de sus amigos que explotaban el tesoro real; las funciones del teatro y los divertimientos de toda clase; la compra de palacios en los cuatro puntos del horizonte; la plantación de nuevos jardines con sus aditamentos de estatuas, fuentes, columnas, mármoles y jaspes; el regalo de fortunas enteras á sus allegados; todos estos caprichos exigían innumerables sacrificios, en los cuales el tesoro se disipaba trayendo el déficit, el empréstito, y en último caso la bancarrota y sus terribles consecuencias. Por entonces había despedido de su compañía y de su amistad á la princesa de Lamballe, que estuvo á punto de morir á tal separación, y traído á la princesa de Polignac, que la cautivaba y divertía con su agudo ingenio. Era necesario enriquecer á la saliente para consolarla de su desgracia, y á la entrante para infundirle su gracia. La princesa de Lamballe pertenecía á una familia rica, y sin embargo, se empeñó que había de resucitar para ella el cargo de intendente de la Reina, cargo abolido por inútil y por dispendioso en las recientes reformas. La princesa de Polignac pertenecía, en cambio, á una familia muy noble, pero muy arruinada, cuyos caballeros, cuyas damas, cuyos niños necesitaban oro á torrentes. Para enriquecerlos de la manera más breve, resucitó la Reina los billetes pagaderos á la vista contra la caja real, é invalidados por la previsión de Turgot. Pagóse el primero, que importaba una suma fabulosa derogando las disposiciones nuevamente establecidas, pero no se pagó el segundo. De aquí la ira de la Reina contra el único salvador posible de su reino y de su corona. Todos sus amigos le mantenían viva pasión tan funesta: la Polignac ofendida, Choiseul destituido, Guines separado de su embajada en Londres, Lauzun resentido del menosprecio con que miraba un pensador como Turgot las calaveradas de un mundano como él; todos, en una palabra, menos su confesor y su madre, que, á pesar de ejercer, por ministerio de la religión y de la naturaleza, influjo tan grande



en el alma de la Reina, jamás llegaban hasta el punto de conseguir una separación necesaria de tantos amigos como la explotaban y la perdían miserablemente. Cierta noche que tornaba de la Opera, donde había ido á ver una de sus obras favoritas, preguntóle el Rey si la habían recibido bien y si la habían aclamado con calor: «No me han aclamado, respondió; pero si me acompaña vuestro Turgot, de seguro me silban.» Su furor llegó al extremo en tres ocasiones: con motivo de la boda hecha por la princesa Clotilde; con motivo de la llegada á Versalles del príncipe Carignan; con motivo del nacimiento de una nueva hija á su cuñado el conde de Artois. Molestóle mucho que Turgot regateara las fiestas de la boda y consiguiera rebajas en las ceremonias y en los espectáculos; molestóle mucho más que se opusiera á las infinitas mercedes ideadas para satisfacer y regalar á un pobre; molestóle hasta exasperarla, que no quisiesen acceder á la concesión de una servidumbre particular para la egregia recién nacida, y de 35.000 francos anuales demandados para sus gastos. Aquel estoico á la cabeza del gobierno, debía necesariamente contrariar mucho á Reina tan pródiga, que no encontraba tasa posible á sus dispendios y á sus larguezas.

Si la Reina pensaba y procedía así á pesar de los consejos de su confesor y de su madre, á quienes ocultaba sigilosamente el odio que le inspiraba Turgot, imagínese cómo pensaría el duque de Provenza, cuyos privilegios disminuían y cuyos celos del Rey se aumentaban con esta política reformadora tan extraña y tan contraria á un privilegiado. No pudiendo hacer otra cosa el hermano mayor del Rey contra el ministro, hacía folletos que tocaban verdaderamente en los dominios del libelo. He aquí el retrato de tan grande ministro bosquejado por tan diminuto príncipe: «Había en Francia un hombre infeliz, malaventurado, pesadísimo; de más rudeza que carácter, con más tenacidad que firmeza, con más ímpetu que tacto; charlatán, así en la administración como en la virtud; nacido para desacreditar la una y disgustar de la otra, salvaje por amor propio, tímido por soberbia; tan extraño á los hombres que jamás había conocido, como á la cosa pública que jamás había estudiado; y se llamaba Turgot». Después de copiado esto, no se necesita á la verdad ningún género de encarecimiento para demostrar cómo príncipe tan cercano al trono maquinaria contra ministro tan decidido por las reformas. Y el conde de Provenza era el talento de la familia, el filósofo humanitario, el enciclopedista por excelencia, el que tenía su corazón abierto á todos los sentimientos liberales y se preciaba de pertenecer en cuerpo y alma á su siglo. Imagínese cómo sería aquel su hermano menor, el conde de Artois, vanidoso como una cortesana, devoto como una beata, caballeresco como un gentil hombre, ligero como un pajecillo, adorador de todo lo antiguo como un arqueólogo, ignorante como un campesino; dado á excusar ante Dios sus fáciles costumbres con sus piadosas ideas, amigo de la reacción universal y cuyas tendencias políticas extrañaban por lo extrámbóticas y anticuadas hasta en los mismos palacios; llamado por el destino á no aprender nada ni en la desgracia ni en el destierro y á enterrar á los Borbones franceses en los

triste incidentes de su última restauración. Así, no es maravilla que hasta los consejeros y los barrenderos de Palacio se atrevieran á decir á Luis XVI cosas desagradables de su gran ministro.

Pero, donde la oposición se extremó, fué naturalmente en la aristocracia. Nosotros apenas concebimos hoy, criados en la revolución, lo que era un noble francés de aquellos tiempos monárquicos; sus rendimientos, sus rentas, las gabelas que podían imponer, los provechos que podían sacar del conjunto monstruoso de sus privilegios. Desde luego, á pesar de que la obligación del tributo no se había extinguido completamente para ellos, la costumbre quería que en realidad no pagasen. Turgot sustentaba la igualdad ante el impuesto. La contribución de consumos, que se exigía con tanto rigor al pobre, no se exigía al noble. Sus coches se hallaban exentos de ser registrados y servían por ende como depósito de contrabando. Turgot exigió que el derecho de visita se extendiera hasta los coches de la aristocracia. Luego tenían arrendadas las contribuciones de todas las provincias. Con este sistema estrujaban al pobre pueblo que debía pagar, y mandaban al Tesoro luego lo que bien les parecía. Además, se iban á la corte y le contaban lástimas al Rey, ó se valían de algún intrigante y de alguna intriga para conseguir pensiones sobre las mismas rentas que iban á cobrar. Turgot se había propuesto abolir estos arrendamientos y acabar con estos arrendatarios. Además, iban por los caminos y los pobres abrían esos caminos con sus corveas. Tenían muchos hijos y los colocaban á todos en sus cargos que suponían comprar en la corte y que muchas veces conservaban como vínculo hereditario. A esto se reunía la percepción de tributos señoriales; el derecho de pescar en los ríos, de cazar en los bosques, de hacer leña en los montes, de cocer en los hornos, de moler en los molinos, de alojar en las posadas, de vender el trigo; derechos que se convertían para ellos en oro y para los pobres en ignominia y en miseria. Turgot iba á abolir todo esto, y por consecuencia iba á matar los últimos residuos de las aristocracias feudales escapados á la antigua y perseverante revolución monárquica. Ya puede examinarse cómo se exacerbarían contra tal ministro todos aquellos que experimentaban la terrible amenaza de la reforma, cuya virtud debía suprimir privilegios tan lucrativos como aquellos privilegios, é igualar condiciones tan enormemente diversas como entonces eran las condiciones sociales en aquel férreo mundo de tristes y abrumadoras jerarquías.

Peor todavía que la corte era el Parlamento. Esta corporación que había sido abolida por Luis XV y que no puede confundirse con el Parlamento inglés, hallábase compuesta de magistrados y ejercía, además de funciones y facultades políticas, funciones y facultades judiciales. Consejero el Parlamento de la Monarquía, contaba en los dos grandes partidos en que Francia se hallaba dividida, los mismos implacables enemigos y las mismas crueles enemistades. Los reaccionarios recordaban que el Parlamento había abolido la orden de los jesuitas, mientras los liberales recordaban que el Parlamento había perseguido á las